

— VERSIONES —

## Las causas perdidas, bajo la gran lente de Nanni Moretti

Fernando García  
PARA LA NACION

En la sala de cine, los espectadores vienen a ver como se negocian los estrenos en la plataforma de streaming que los sacó del cine por knock out. Quienes siguen la filmografía de Nanni Moretti (Brunico, 1953) están acostumbrados a dejarse llevar por las tribulaciones del cineasta que es a la vez director, actor y personaje estableciendo una relación de sangre (en todo sentido) con el Fellini de 8 y ½. Solo que Moretti es tan narcisista que no puede delegar en un nuevo Mastroianni la figura del director que deambula por la película que nunca será filmada. En *Il sol dell'avenire* se hace llamar Giovanni y lo que está en juego es un largometraje sobre un circo húngaro que llega a Roma en medio del levantamiento de Budapest contra el régimen soviético en 1956, cuando se adelantaron postales de la furia iconoclasta (estatuas monumentales arrancadas de cuajo) que acompañaría la caída del muro y, más cerca, movimientos como el Black Lives Matter.

Desfinanciado, Giovanni es empujado con una media sonrisa a una reunión con un team de productores de Netflix que evalúan el estreno de la película en la plataforma. Esta parodia del sueño de todo realizador audiovisual contemporáneo da en el blanco sobre la crítica al consumo indiscriminado de series y películas en cualquier dispositivo: 24/7, para rescatar el título del notable ensayo de Jonathan Crary sobre la disponibilidad absoluta del tiempo en la era de la duplicación digital de la vida. Nada puede salir bien en el encuentro de Moretti y Netflix (casi como en el divorcio de Neil Young y Spotify). La productora italiana machaca en que sus productos deben ser estandarizados para 190 países y que acaso el interés de este film apenas traspase el extrarradio de Roma. Y luego arremete con una serie de anglicismos que parecen el decálogo del streaming. Giovanni escucha de su film que es un "slow burning" (traducible a plomazo); que el "turning point" (giro decisivo) llega demasiado tarde y, el colmo, que a su película le falta el momento "what the fuck" (absurdo o "momento cualquiera"). Es obvio que Netflix no va a comprar la película italiana y Giovanni y su mujer (la espléndida Margherita Buy) salen de la reunión caminando en silencio. Lo que sigue es como el gol que se adivina, se ve venir, detrás del alambrado, pero no por eso se deja de gritar. Moretti/Giovanni rompe la incomodidad con el grito que todos sus tifosi en las butacas llevan dentro: *What the fuck!* (ahora vuelto sobre su acepción como maldición).

Es un jab de izquierda de boxeador veterano contra el nuevo campeón. Acaso el cine vaya perdiendo la pelea contra Netflix; Cinecittà y la música popular italiana ya la perdieron hace rato contra la pantalla y la radio anglo. Por eso también Moretti hace señalamientos precisos en el soundtrack como una escena inolvidable con "Voglio vederti danzare" (1982) de Franco Battiato, cuya voz hubiera merecido muchísima más atención si la cultura pop hubiera mantenido el equilibrio geopolítico que tuvo al menos hasta principios de los años 70. Lo que hace posible que Bob Dylan haya incluido la universal "Nel blu dipinto di blu" (o "Volare") en su fabuloso último libro *Filosofía de la Canción Moderna* (Anagrama). No es un ranking, no son siempre las canciones más escuchadas. Son más bien arquetipos, cartas de su tarot íntimo.

Utopía pintada de azul. Pintura al óleo, maquillaje, cosméticos, frescos con brochazos de azul, y uno canta como un canario. Vas extasiado caminando por las nubes, en un espacio infinito", escribe Dylan sobre la melodía escrita por Domenico Modugno. La única entre las 66 canciones del libro que no está cantada en inglés.

Con pasión y destrezas del mejor cine de autor (¿por eso describen esta maravilla como nostálgica?) Moretti rescata a la canción pop y al extinguido Partido Comunista italiano como las causas perdidas que son. Aunque en la Argentina que está fuera de la sala de cine se cree, como en 1956, que el comunismo está vivo y debe ser derrotado por knock out. Otro tipo de cine, más bien de género. Un asunto sobre el que Netflix haría una biopic o serie muy pronto. ●



Una pancarta con el rostro de Netanyahu en una manifestación en Dublín, Irlanda

NATALIA CAMPOS/GETTY

— OPINIÓN —

## Medio Oriente Netanyahu está empujando a Israel hacia un abismo

El primer ministro parece optar por una ocupación militar israelí de Gaza a largo plazo, lo que llevaría a su país a convertirse en un verdadero paria internacional

Thomas L. Friedman  
THE NEW YORK TIMES

Los dos funcionarios de defensa más importantes del gabinete de guerra de Benjamin Netanyahu —el ministro de Defensa, Yoav Gallant, y el antiguo jefe del Estado Mayor Militar Benny Gantz— advirtieron que Netanyahu está llevando a Israel a un abismo desastroso al negarse a presentar un plan para que los palestinos no pertenecientes a Hamas gobiernen Gaza y, en cambio, parece estar contemplando una ocupación militar israelí de Gaza a largo plazo. Gantz dijo que abandonaría el gobierno si no había un plan para el 8 de junio. Netanyahu se ha convertido

en un actor radical, ha socavado intereses clave de Estados Unidos y de sus aliados árabes y se ha tornado en el regalo que le da créditos a Irán.

A partir de las decisiones que ha tomado Netanyahu, y utilizando a sus aliados Hamas y Hezbollah, Irán ha encogido a Israel desde el 7 de octubre, forzando a decenas de miles de israelíes a abandonar las fronteras occidental y septentrional de Israel aislando al país en la escena mundial a causa de Gaza. Mientras, Irán se ha convertido en un Estado umbral nuclear y en la mayor fuerza imperialista de la región (dado que controla de hecho cuatro Estados árabes) y está menos aislado de lo que ha estado en años.

Ahora el primer ministro israelí está ocupado haciendo algo aún más peligroso para el futuro de Israel y para Estados Unidos. Está machacando sin descanso en la opinión pública israelí que no hay diferencia entre Hamas, el grupo inspirado por los Hermanos Musulmanes, abocado a borrar del mapa el Estado judío y sustituirlo por uno islámico, y la Autoridad Palestina laica, dirigida por Fatah en Cisjordania, que se adhirió a los Acuerdos de Oslo a mediados de la década de 1990 y pidió una solución de dos Estados y colaboró con Israel durante tres décadas para limitar la violencia en Cisjordania.

La Autoridad Palestina tiene un millón de defectos (algunos

creados o exacerbados por los violentos colonos israelíes), pero hay una razón por la que Netanyahu entraba en pánico cada vez que su líder, Mahmoud Abbas, decía, en efecto: "Está bien, Bibi, ¿quieres controlar Cisjordania tú solo? Aquí tienes las llaves". Es porque Netanyahu sabe muy bien cuánto coopera la Autoridad Palestina con el ejército israelí y el servicio de seguridad Shin Bet para mantener bajo control Cisjordania, y cuánto le costaría a Israel en dinero, soldados y legitimidad si Israel tuviera que gestionar sola la seguridad, la salud, finanzas y la educación palestinas en Cisjordania.

Y, sin embargo, como los socios de extrema derecha de Netanyahu en la coalición quieren anexionar Gaza —y sus votos pueden mantenerlo en el cargo y fuera de la cárcel si es condenado en sus juicios por corrupción—, Netanyahu está repitiendo que Hamas y Fatah son lo mismo.

Peor aún, demasiados israelíes creen este argumento disparatado y muy pocos líderes de la oposición están rechazándolo con claridad. Se trata de un desastre inminente: el primer ministro está privando a los israelíes de cualquier alternativa palestina legítima al gobierno de Hamas. Eso es lo que implica afirmar que Hamas y Fatah son lo mismo.

Y Netanyahu está haciendo todo esto bajo la dirección de los ministros supremacistas judíos de su gabinete a los que ha dado poderes sin precedentes: el ministro de Finanzas, Bezalel Smotrich, y el ministro de Seguridad Nacional, Itamar Ben-Gvir.

"¡Tenemos que volver a Gaza ya! Volvemos a casa, a Tierra Santa", dijo Ben-Gvir la semana pasada, sin que Netanyahu lo reprehendiera. "Debemos fomentar la emigración voluntaria de los residentes de Gaza".

No es una voz solitaria. Al parecer, el nuevo secretario militar de Netanyahu ha elaborado su propio plan para que Israel gobierne Gaza de forma permanente con una administración militar.

Gallant —la única persona con valor político y seriedad en el cúpula del partido Likud de Netanyahu—, se alarmó tanto que, sin permiso del primer ministro, pronunció un discurso en el que decía que desde octubre lleva pensando a Israel en dinero, soldados y legitimidad si Israel tuviera que gestionar sola la seguridad, la salud, finanzas y la educación palestinas en Cisjordania. Gallant, "solo quedan dos opciones negativas: el gobierno de Hamas en Gaza o el gobierno militar israelí en Gaza. El día después de Hamás solo se logrará con entidades palestinas que tomen el control de Gaza, acompañadas por actores internacionales, estableciendo una alternativa de gobierno al dominio de Hamas".

Aunque Gallant no mencionó la participación de la Autoridad Palestina, no la descartó. Pero Netanyahu ha dicho hace un tiempo: "Gaza no será ni Hamastán ni Fatahstán". Fatah es el partido del presidente Abbas.

"La quiescencia de Netanyahu con la extrema derecha, Smotrich y Ben-Gvir, parece motivada por su necesidad de mantener su coalición unida y a sí mismo fuera de la cárcel", me dijo Victor Friedman (sin parentesco), psicólogo organizacional israelí. "Parece que ha vendido su alma a la extrema derecha. Una explicación es que la extrema derecha religiosa proyecta en él una imagen mesiánica que corresponde con su propia sensación de haber sido llamado a salvar a Israel y al pueblo judío. Tiene un plan y está muy claro para quien lo escuche: Victoria total y, finalmente,

el regreso de los asentamientos judíos allí. Israel va camino de reocupar Gaza".

Si eso sucede, Israel se convertirá en un paria internacional y las instituciones judías de todo el mundo se verán divididas entre los judíos que sentirán la necesidad de defender a Israel —con razón o sin ella— y quienes, con sus hijos, lo considerarán indefinible.

Por desgracia, Netanyahu no ha llevado solo a Israel a su actual callejón sin salida. Durante años, su proyecto de asentamientos y sus políticas sobre Irán han tenido la protección del Comité de Asuntos Públicos Estados Unidos-Israel (Aipac, por su sigla en inglés), que es el grupo de presión proisraelí de Estados Unidos; de la Conferencia de Presidentes de las Principales Organizaciones Judías Estadounidenses; del Comité Judío Estadounidense, y de partidarios viscerales tanto en el Partido Republicano como en el Partido Demócrata.

Y desafortunadamente, no creo que el presidente Biden comprenda del todo a su "viejo amigo" Bibi, cuyo gobierno ha sido el primero en declarar formalmente que su objetivo es la anexión de Cisjordania y que ha intentado despojar a la Corte Suprema de su poder para impedirlo.

Mi regla: nunca escuches lo que Netanyahu te dice en privado en inglés. Solo escucha lo que dice en público en hebreo. Durante meses, el equipo de Biden le ha duplicado que articule una visión post-Gaza que implicara el control palestino y árabe sobre Gaza y una vía a largo plazo hacia la desmilitarización del Estado palestino —para que Estados Unidos no esté facilitando una ocupación israelí de Gaza, junto con Cisjordania— y que allanara el camino para un pacto de seguridad entre Estados Unidos y los saudíes que también pudiera producir la normalización de las relaciones entre Israel y los saudíes.

Netanyahu ha dicho no a todo eso. Sin embargo, mostró su gratitud a Biden haciendo que su mayoría parlamentaria concediera a Elise Stefanik, una congresista republicana sin ningún prestigio en política exterior —y una persona que busca convertirse en la vicepresidenta de Donald Trump— el extraordinario honor de dar un discurso hace dos domingos en el parlamento israelí, donde criticó al presidente de Estados Unidos y elogió a Trump.

Hamás no es la Autoridad Palestina. Hamas es una entidad asesina en masa, islamista y militante que ha hecho más daño a los palestinos que cualquier otra organización. Si Israel se comprometiera a trabajar con una Autoridad Palestina reformada para gobernar Gaza, congelar los asentamientos y comprometerse a desarrollarla una asociación con ella para un Estado palestino algún día, cambiaría todo. Daría a Israel la legitimidad global para desmantelar de hecho a Hamas, organizar una fuerza palestina/árabe que gobernara Gaza para que ni Israel ni Hamas lo hicieran y abriría el camino a la normalización entre Israel y Arabia Saudita.

Nada de esto sería fácil ni tendría garantías de éxito para el primer ministro israelí mejor intencionado. Pero sin al menos un intento —y otro y otro— la supervivencia a largo plazo de Israel está en peligro. Desafortunadamente, Israel está dirigido hoy por un hombre a quien solo le interesa su supervivencia a corto plazo. Y en eso está teniendo éxito. ●

— OPINIÓN —

## El desafío de un folio en blanco y la brutal reacción china

El relato de una manifestante china en un encuentro por los derechos humanos en Suiza describe los métodos represivos de Pekín

Juan Pablo Cardenal  
PARA LA NACION

La primera vez que Rei Xia fue detenida comprobó en carne propia qué supone desafiar al régimen chino. Fueron 37 días de confinamiento. Incomunicada, sin poder ducharse, sin nada que poder leer, vigilada por cámaras. Pasaba los días sentada con las piernas cruzadas sobre una tabla de madera. Las noches de insomnio se hacían interminables bajo la irradiación de un foco encendido las 24 horas. Los minutos parecían días. Hasta perder la noción del tiempo.

Al ser liberada descubrió que el régimen no perdona y que no hay futuro para los discrepantes. Explica que sufrió acoso policial constante y que fue desalojada de su apartamento. Ni siquiera pudo compartir con sus allegados el trato recibido entre rejas, a sabiendas de que sufrirían represalias. Este protocolo de castigo contra los disidentes incorpora un mensaje claro. El espacio de maniobra queda reducido al mínimo. Y quedan marcados para siempre.

Acusada de "buscar pleitos y provocar problemas" —el traje a medida jurídica del que se sirve el Partido Comunista chino para incriminar a los disidentes—, Rei Xia fue encerrada —por segunda vez— otros 28 días en aislamiento, sin acceso a abogado. Afirma que fue golpeada y abusada, amenazada con ser violada, atada durante tres días a una tabla para dormir. En medio de ese miedo, y consciente de estar condenada a la exclusión laboral y social, escapó al exilio a principios de este año.

Verse forzada a dejar atrás —con 27 años, quizá para siempre— su país, su familia, su entorno y sus sueños es un altísimo precio que pagar. Lo que desató la furia de las autoridades contra Rei fue su participación, a finales de 2022, en una protesta silenciosa en Shanghai contra las restricciones del Covid, en la que los asistentes exhibieron folios en blanco. Una conducta sin reproche penal en el mundo libre cambia en China el rumbo de una vida. Hablar está prohibido. Y el silencio también.

La fuerza de un folio en blanco es que "las acusaciones están en el corazón", reflexionó Rei en la reciente conferencia Ginebra Summit for Human Rights and Democracy, que se celebra anualmente en la ciudad suiza y da voz a disidentes de todo el mundo. Asistieron también un exiliado uigur (Abduweli Ayup), una activista tibetana (Chemi Lhamo) y otros opositores (entre ellos, de Venezuela, Nicaragua, Bolivia y

Cuba) que supeditaron su vida a la lucha por la libertad pagando un costo personal enorme.

Escrucial que esas voces chinas no caigan en el olvido y sean escuchadas. No solo por una cuestión de principios, sino porque detrás del abuso de poder hay tragedias personales y familiares reales. Es decir, el historial de derechos humanos de China no es algo abstracto ni una fría estadística, de un foco encendido las 24 horas. Los minutos parecían días. Hasta perder la noción del tiempo.

Detrás de esas violaciones hay rostros humanos y vidas rotas. El intelectual Liu Xiaobo, Premio Nobel de la Paz en 2010 que murió en prisión por pedir reformas políticas, es el ejemplo más ilustrado. Pero la lista es interminable. En mi época como corresponsal en China abundaban las historias sobrecogedoras. Las madres de Tiananmen; el drama de los tibetanos; la persecución religiosa y del movimiento espiritual Falun Gong; la tragedia de los campesinos atropellados por las autoridades locales. Y tantas otras.

Recuerdo la mirada de muchos de ellos; una mirada de sufrimiento, pero que plasmaba de forma conmovedora su determinación para defender su causa sin importar las consecuencias. En aquellos años varias decenas de abogados asesoraron, casi siempre gratuitamente y dentro de los límites del sistema legal chino, a los humildes peticionarios que reclamaban justicia. Una decisión que tomaron en conciencia, sin esperar nada a cambio, con el propósito de ayudar a esa legión de desfavorecidos. Hasta que, al hacerse mediáticos, se convirtieron en enemigos del Estado.

Cuando, en pleno hostigamiento, pregunté uno de ellos por qué seguía enfrascado en una batalla que sabía que no podía ganar y que —además— podía dar con sus huesos en la cárcel, dijo: "Porque cuando uno toma la decisión de hacer lo correcto, no existe tal cosa como mirar hacia atrás". Hoy, a todos aquellos se suman otros: uigures, hongkoneses, manifestantes del "folio en blanco" y todo aquel que el poder vea como una amenaza. Tenemos, por tanto, la obligación moral de dar voz a estos valientes. La voz de la conciencia en defensa de la libertad. ●

Periodista especializado en China y editor de *Análisis Sínico* en [www.cada.org](http://www.cada.org)